

Ulyses

Noticiario

VERHAEREN, RILKE Y STEFAN SWEIG.

Este breve tomo escrito por Stefan Zweig exhibe una interpretación biográfica del poeta belga Emilio Verhaeren y una salutación lírica al gran poeta alemán Rainer María Rilke, fallecido en 1926 a causa de la infección que le produjo en una mano la espina de una rosa.

Con Verhaeren mantuvo Stefan Zweig una fraternal amistad que permite al lector valorizar lo que significaba Europa antes de la guerra de 1914, especialmente para los artistas, felices habitantes de un Continente cuyas naciones ahitas de tradición cultural limitaban entre sí, carentes de barreras restrictivas. En esas condiciones se podía intercambiar la cultura con lentitud admirable tal como lo hicieron Erasmo de Rotterdam y sus contemporáneos humanistas, mediante extensas y sabias cartas. A través de esas mismas condiciones, se comprende por qué Guillaume Apollinaire escribió «La Heresiarca y Cía», inspirado en el hálito tradicional de Praga y de otras ciudades europeas.

Stefan Zweig conoce a Verhaeren en casa del escritor belga Charles van der Stappen y allí tiene ocasión de observar cómo estos hombres de apariencia burguesa, rubicunda y vulgar, se

mueven con total plenitud, con despreocupación absoluta, comiendo hasta con gula, sin abandonar nunca los planos estrictos de su vocación que de improviso, al dominarlos, en virtud de cualquier motivo de la conversación, los invadía hasta sublimarlos en una maravillosa síntesis expresiva. Desde este instante que coincide con la recomendación de Goethe relativa al goce que produce conocer las obras maestras en su génesis, se establece entre Verhaeren y Stefan Zweig una amistad profunda, facilitada por el ánimo generoso del maestro y por la admiración entusiasta del amigo varios años menor.

Verhaeren realiza en Bélgica una vida serena, casado con una mujer admirable quien, según el agudo biógrafo, sabe mantenerse constantemente en segundo plano sin interceptar la calidad poética ni los gustos íntimos de su cónyuge. No existe en él, por otra parte, ficción intelectual alguna, de esas que tanto aman frecuentemente los artistas de países jóvenes deslumbrados en el fondo con el sentido cultural de su destino que algunos creadores europeos como Balzac y Baudelaire también amaron por excepción.

La vida de Verhaeren se desenvuelve como ya está dicho, de manera extraordinariamente sencilla. Cuando Stefan Zweig lo conoce no es ni siquiera famoso; el prestigio intelectual y artístico de Maeterlinck que, en esa época, había recibido el Premio Nobel, eclipsa la proyección de su arte poético en Europa y en el mundo entero. Las ediciones de los propios versos de Stefan Zweig se venden con más facilidad que los suyos, pero el auténtico y grande poeta Verhaeren no envidia a nadie. El vive para la poesía como el artesano para su oficio y sus poemas no brotan al golpe de la inspiración vibrante. Trabaja lentamente, planifica sus obras y en su escritorio hay mapas, diccionarios de la rima y del léxico. Libertado de su faena constante sabe ser simple entre los simples, sin arrogancias de ningún orden y hasta sirve de «escribiente» a la gente más sencilla. La amistad entre Verhaeren y Stefan Zweig se enfría durante la primera guerra mundial que Zweig considera imposible, basado en la estupidez

que ella significa y en la placidez de los miles de alemanes de rostro inocente que se bañan en las aguas belgas. Mas el raciocinio justo del humanista se estrella habitualmente con la barbarie de los hechos consumados que ratifican el principio de que una cosa son los sucesos lógicos y otra los históricos y de que el hombre es un elemento histórico y no lógico.

La invasión de Bélgica se produce, y Verhaeren se distancia de Zweig hasta el extremo de que al parecer riñen con acritud. Escribimos en forma dubitativa porque Zweig se cuida de no expresarlo con modo detallado o rotundo, dejando apenas dolorida constancia del arretrato iracundo y hasta odioso de Verhaeren. En seguida, como debía suceder, la amistad se renueva con la misma o con mayor plenitud de antes, con la efusión intelectual y efectiva de hombres que en cuanto a genuinos artistas, estaban por encima de los actos gregarios de la multitud, hasta que en el tercer año de la guerra, Emilio Verhaeren muere arrollado por un ferrocarril a la entrada de la Estación de París. «Le desgarraron como los animales desgarraron a Orfeo, su poeta», escribe Stefan Zweig.

La segunda parte del libro, breve en comparación con la primera dedicada a Verhaeren, la destina Stefan Zweig a Rainer María Rilke, el poeta por excelencia. La factura de estas páginas es más conceptual y abstracta, pues no se trata de recordar una vida humana, sensiblemente compartida en un lapso de su trayectoria, sino, más bien, de exaltar con hermosísimo acento, la obra lírica de uno de los más altos poetas que haya producido Europa y el mundo entero. Sabido es que el número de cartas de Rilke existentes en Praga alcanzaba la cifra de 18,000; que nada torció el impulso magno de su destino poético y que sobre su tumba hay un epitafio, fruto de su pluma que reza así: «Rosa ¡oh pura contradicción!, voluptuosidad de no ser el sueño de nadie bajo tantas pupilas». Stefan Zweig a su turno encuadra a Rilke en párrafos tan hermosos como éstos: «Sólo la música podría enunciar con perfección la despedida de aquel a quien hoy

lloramos en común, Rainer Maria Rilke, el único entre nosotros en quien la palabra se había transformado ya totalmente en música. La elegía en prosa del «Malte Laurids Brigge» sobre la muerte ajena, las estrofas sobriamente vestidas del «Requiem» ¿qué eran sino presentido canto fúnebre y llamamiento de la muerte propia? La sintió interiormente desde hacía años, pero, como a todo sentimiento, la elevó grandemente y la transformó en poesía hasta que aquello que tenía de trágico ya no era sino lamento sonoro y hasta que la advertencia misma de lo percedero se convirtió en inmortalidad. Pero los que escuchábamos con cariño, encantados por su música, queríamos a la muerte que crecía en él, sin sospechar nada, nos deleitábamos en esa dulzura rara, en ese deshacerse bienaventurado y lo estimábamos como una ofrenda. Y sólo cuando esa muerte golpeó brutalmente al mundo, como una puerta que se cierra con estrépito, nos sobresaltamos, y ahora vemos aturridos el vacío que se ha producido y reconocemos la pobreza de nuestra supervivencia».

Extraño testimonio, este último, anotado por el biógrafo incomparable que al acaecer la segunda carnicería contemporánea abandonó la existencia, su existencia de esteta, de creador y de humanista, en una noche feliz, la más feliz de todas, conforme lo anotó en su postrer recado.

EL CHOROY DE ORO.

Anotada por el filólogo don Ambrosio Rabanales O. y prologada brevemente por Juan Uribe Echevarría, publica la Editorial Rapa Nui que dirige el novelista, humorista y apasionado crítico Francesc Trabal, esta novela para niños, bajo el título de «El choroy de oro».

Las glosas continuas del filólogo nos orientan a través del vocabulario, a veces sencillamente creado por el novelista Ma-